


El castillo de Rueyta (Roita)

 Texto y fotos: AMADO MARTÍNEZ BEL

Para acceder. Desde Sos del Rey Católico tomar la dirección de Sangüesa. A unos dos Kilómetros y en el primer cruce tomar la dirección de Navardún. Poco antes de llegar a la localidad tomar el desvío a Petilla de Aragón. A 1950 metros del desvío está, sin señalizar, la pardina de Ceñito, donde dejaremos el coche en un lugar discreto.

Distancia del recorrido : 5,2 Kms (ida)

Cota mínima: En la carretera, en el cruce de entrada a la pardina de Ceñito 570 m

Cota máxima: En El Castillo de Roita 920 m

Dificultades: Ninguna. La pista no está señalizada pero no tiene desvíos. Se ha de llevar siempre agua y algo de alimento. Conviene ir con botas de senderismo, alimento, ropa adecuada y dejar dicho a alguien (por lo solitario del recorrido) el itinerario a realizar y la hora posible de regreso.

Elementos de interés:

1. El señorío nobiliario aragonés de Gordún.
2. Románico del siglo XII en la pardina de Ceñito.
3. Consecuencias de la despoblación.
4. El entorno medioambiental: Bosque mixto de pinar y quejigar con variedades de serbales y arces.
5. Castillo de Roita. (Castillos de montaña).
6. Árbol singular "El fragino" (fresno).

Mapa Topográfico: SERVICIO TOPOGRÁFICO DEL EJÉRCITO. Mapa topográfico. Escala 1:50.000 Hoja número 208.

Internet:

- Fortificaciones medievales en Aragón http://fyl.unizar.es/Atlas_HA/60-69/64.html
- Información sobre Sos y la zona. Servicios de hospedaje y turismo rural http://www.territoriomuseo.com/prepirineo/pueblos/prep_sos.htm

Direcciones y teléfonos de interés:

Ayuntamiento de Sos del Rey Católico: Tel: 948 888 085
Sede Central del CIDER PREPIRINERO Tel: 948 888 291
Visitas guiadas y turismo: "TRAZGO" Turismo y tiempo libre. Tfno: 948 888150





“La más larga caminata se inicia con un simple paso”.

Esos dice un proverbio que, como muchos de ellos, se atribuye a la sabiduría oriental pero que desde siempre han sentido como propio, emigrantes, peregrinos, senderistas, alpinistas y quienes en general van a comenzar algo nuevo o mejor ...¡Una aventura!

Cuando empiezo un paseo como el de hoy y doy el primer paso siempre me acuerdo de ese proverbio, pero en esta ocasión hubo que dar otros pasos previos que os contaré:

Había decidido ir a los castillos de Roita. Sabía dónde estaban porque hacía ya unos veinte años que había estado en ellos. En aquella ocasión fui desde Sos del Rey Católico pero en ésta preferí buscar un itinerario que

fuese más corto, que apenas superara los diez kilómetros entre ida y vuelta, así que pensé acercarme hasta Petilla de Aragón y preguntar allí por alguna pista o camino que me condujese fácilmente a ellos, pero luego recordé haber leído en algún sitio que había una pista que salía de una ermita en las afueras de Gordún.

Busqué información sobre este singular señorío que se levanta en una pequeña loma en medio del Valle d’Onsella, y efectivamente Madoz habla de una ermita que él ya encontró en ruinas a mediados del siglo XIX (así que si él ya la vio en esas condiciones seguro que yo ni la vería).

Así y todo me acerqué con el coche a Sos del Rey Católico. Desde allí tomé la carretera de Navardún y poco antes de llegar a esta localidad, el desvío a Petilla de Aragón. En unos cuatro kilómetros un pequeño letrero al borde

de la carretera señala la entrada hasta el señorío, por una pista de tierra.

El lugar, solitario y con apariencia de estar deshabitado es digno de visitarse. Pertenece aún hoy día, según tengo entendido, a los duques de Villahermosa; es uno de los ejemplos más singulares de señoríos nobiliarios de Aragón. Una plaza rectangular en cuyos lados mayores se hallan como una veintena de casas de colonos y en uno de los menores una sencilla iglesia con portada de corte barroco. Afortunadamente encuentro una casa abierta, la única que parece estar habitada y llamo a su puerta de dos hojas y con la parte superior abierta. Oigo bajar a un hombre de mediana edad que sale de una oscura escalera y nos saludamos:

—¡Buenos días! Mire, voy buscando un camino que me lleve a los Castillos de Roita. (Antes de que hablara noté en su mirada lo que me iba a decir).



—¿Sabe usted dónde está eso? ¿Conoce algo de la zona?

—Sí, estuve hace años pero entonces fui desde Sos. He leído en algún sitio que hay una pista que sale desde una antigua ermita que había en las cercanías.

—No, mire, cuando ha venido hacia aquí con el coche, ha pasado junto a las pardinas de Ceñito ¿Se ha fijado?

Un flash me viene a la mente y me transporta al pasado de mi juventud. La recuerdo, en un bonito crepúsculo de primavera, rodeada de gallinas que se disponían en hilera, al iniciar el sol su ocaso, para entrar dentro de ella. Otro flash en el que algunas, ya dentro de la ermita están sobre la pila bautismal de la misma, convertida en bebedor, y otro más con mis amigos del equipo de Suessetania de Sos, sacando sus excrementos fuera de la ermita e intentando con unos cepillos de alambre eliminar la cal que blanquea el ábside. La voz del joven me trae de nuevo a la realidad.

—La ha tenido que ver, está a la izquierda de la carretera según se viene de Sos. Como a unos dos kilómetros del cruce de Navardún.

—¡Sí!, ¡Sí! La he visto. Sé dónde es.

—Pues justo frente al camino de entrada a la pardina se halla la pista que lo acercará al castillo.

—¿Esa pista lleva hasta la Casa de la Condesa?

—¡Sí! Me respondió extrañado de que conociera el paraje con ese nombre.

—¿Y desde allí como sigo?

—Desde allí debe haber mal camino porque el monte está muy espeso

Nos despedimos no sin notar en sus ojos una mirada de extrañeza como si me dijera ¿Pero qué se le habrá perdido a este hombre por aquí? ¿A que se pierde?

Retrocedo hasta la Pardina de Ceñito con el coche y lo dejo allí, en un lugar discreto. Efectivamente está a 1.950 metros desde el cruce de Navardún con Petilla de Aragón.

Me acerco a la ermita. La vieja puerta de madera ha desaparecido y parte de la techumbre se ha desplomado. Ya casi no hay restos de animales. Nadie diría que aquello fue pajar y gallinero hace escasos años. Me sigue pareciendo tan bonita como antes. Me coloco en su puerta y ahora sí, doy el primer paso y lo guardo en mi retina.

Salgo en dirección hacia la carretera y justo en ella empieza la pista que me indicó el joven de Gordún. Los primeros metros se andan entre campos de labor con dirección SW y pronto se nota que el camino aumenta su desnivel y va girando hacia nuestra izquierda dejándonos ver en la lejanía la azulada sierra de Santo Domingo. Al llegar a una curva, aumenta un poquito más la pendiente y cambiamos el rumbo en dirección Sur. Dejamos a nuestra espalda en primer término la Val d'Onsella y tras la misma la Sierra de Leire. Algún tallo muy aislado de quejigo y carrasca irán anunciándonos poco a poco nuestra cercanía al robledal.

A unos cinco minutos, desde la carretera, cuando la pista hace un giro de izquierda a derecha se dejan ver las ruinas de una paridera que, asomándose al borde de la loma sobre la que se apoya, se embelesa ante la visión del señorío de Gordún encumbrado en un altozano. Pronto entramos en una pequeña y dispersa agrupación de tallos de roble y la vista empieza a adivinar que nuestra pista se dirige hacia una zona boscosa, e incluso intentará ver el camino a seguir para poder ascender y pasar el Collado del Campo del Monte.

Cuando empezamos a variar nuestro rumbo en una amplia curva hacia nuestra derecha, y siempre en continua ascensión, iremos contemplando cómo a nuestra izquierda el talud se va deshaciendo por desprendimiento y nos deja entrever el aparato radicular de la vegetación arbórea que a duras penas trata



de aferrarse a él. A nuestra derecha una hermosa panorámica de la Onsella con el torreón de Navardún en primer término y la villa de Urriés detrás de él, la Sierra de la Sarda y el Chaparral de la Onsella, la sierra de Leyre algo más atrás y allá al fondo, en la lejanía un aislado pico que es el de Monreal en las cercanías ya de Pamplona.

Habrás observado que la pista no tiene pérdida porque no hay cruces y que poco a poco has penetrado en un entorno mixto de pino y quejigo entre los que destacan bonitos ejemplares y macizos de boj.

Pronto se llega al límite entre el coto social y el deportivo de caza. Límite que a su vez lo es también y durante unos cientos de metros del robledal pues desaparece momentáneamente para dejar paso al pinar.

Desde aquí y hasta la cima del collado hay que pasar por tres bruscos giros de ciento ochenta grados que nos permiten en muy poca



distancia salvar un importante desnivel. A la salida del último de ellos, antes de llegar a la cima del collado y en el talud de la derecha podemos observar ese fenómeno de rilenkarrren (las marcas que deja el agua sobre los terrenos margosos como consecuencia de la erosión diferencial que nos permiten ver las raíces de pinos y quejigos). No será difícil encontrar alguna culebra desplazándose por el talud en busca de algún refugio seguro.

Al llegar a la cima del collado el paisaje se abre y, en el centro de un campo de labor situado a la izquierda de nuestro camino, destaca un solitario y centenario árbol. Es el *fragino* (fresno, *fraxinus angustifolia*). Este *fragino*, como lo llaman por aquí, está catalogado en la *Guía de árboles monumentales y singulares de Aragón editada por Prames en 1997*. Tiene una altura que sobrepasa los doce metros y un diámetro en la base de poco más de dos metros.

Desde el campo del fragino, la pista inicia un suave descenso. Al frente vemos nuestro objeti-

El castillo de Ruyta (Roita) (s. XIV)

Encumbrado en una roca caliza que se yergue en el monte que le da el nombre (Roita). Se halla esta fortaleza que fue conocida con los nombres de "Çer Castiello", "Serracastilla" y "Charat Kachtilla". Su planta es de forma trapezoidal. Los lienzos de la muralla que dan al Norte y Este están contruidos con mampostería mientras que el resto es de sillaría.

Presenta dos torreones situados en esquinas opuestas y entre ellos un espacioso patio de armas. La torre que da al Nordeste es de planta cuadrada. Se puede acceder a su interior a través de un pequeño agujero que hay en su base. En general está bien conservada y se pueden observar claramente en su interior la base de la roca sobre

la que se asienta así como las tres plantas que debió tener apoyadas sobre ménsulas. Posee saeteras y una ventana rectangular que da al Sur.

La otra torre, la del Oeste, es similar pero faltan dos de sus laterales y una enorme grieta vertebral otra amenazando desplome.

Desde el patio de armas se accede a la zona suroeste del Castillo a través de una puerta de arco apuntado flanqueada por dos ventanas góticas geminadas dándole a la fachada un aspecto palaciego. Bajo la sala hay un sótano. Este ala bien pudo ser la destinada a residencia del alcaide.

Fuente: Guitart Aparicio, C. *Castillos de Aragón (II)* Ed.Librería General. (Zaragoza) 1976





Ceñito

La románica ermita de Ceñito se halla situada en lo alto de una pequeña loma desde la que se divisan las localidades de: Navardún, Urriés y el Señorío de Gordún. En una de las partes más bellas de la Val d'Onsella se encuentra esta pequeña ermita que en otro tiempo fuera iglesia y centro de las romerías que acudían al poblado cuyos habitantes se vieron obligados a abandonarlo en busca de protección y fortuna a causa de las guerras. Unos dicen que estuvo dedicada a Santa María, otros a San Gregorio, San Martín o San Benito.

Abad Ríos en su obra *"El románico de Cinco Villas (1979)"* dice: "Es del año 1100, según una inscripción que hay en la ventana del ábside que dice: SANCTE NICOLAE ERA MCXXXVIII" Con lo que queda clarificado al menos la primitiva advocación y la fecha de la misma.

La iglesia, de planta rectangular, presenta una nave con ábside románico en el que se halla una ventana abocinada en el centro. Este ábside fue blanqueado en buena parte a excepción de la del ajedrezado jaqués que lo rodea y está en perfecto estado.

En la pared sur, donde se halla la sencilla y bella entrada románica, cuya puerta se ha perdido, tiene otras dos ventanas más. La techumbre presenta un notable deterioro y un inmenso agujero bajo el cual se hallan restos de una pila bautismal.

Durante decenios y al menos hasta 1982 sirvió de pajar y cobijo de gallinas lo que obligó a la familia que allí guardaba los animales a efectuar apuntalamientos que quizás la salvaron de un mayor deterioro. Sobre esas fechas hubo un intento de rescate de la misma por parte del equipo del Centro de Estudios "Suessetania" de Cinco Villas en Sos del Rey Católico, pero transcurridos veinte años desde entonces la techumbre está a punto de desprenderse y el estado vuelve a ser de triste abandono



vo final: los dos torreones del solitario Castillo de Roita encumbrado sobre el robledal e impertérito ante el vuelo de las rapaces sobre él.

Me llaman la atención unas huellas de animal en el mismo camino y que tras observarlas detenidamente deduzco que son del jabalí, que encuentra en estos montes una sana y rica bellota para alimentarse.

El suave descenso por el que vamos nos lleva a una pequeña hondonada en la que en otoño, cuando sopla el suave viento, unos dorados chopos componen con el sonido de sus hojas su propia melodía musical de acompañamiento. Tan rectilíneos, altos y directos al cielo los veo, tras el visor de mi cámara fotográfica, que no me resisto a gritarles en tono desafiante ese fragmento que creo es de Lorca:

¡Árboles!

¿Habéis sido flechas caídas del azul?

¿Qué terribles fuerzas os lanzaron?

¿Han sido las estrellas?

*Vuestra música viene del alma de
los pájaros, de los ojos de Dios,
de la pasión perfecta...*

¡Cualquiera que me oyera pensaría que estoy...! Me dejo llevar por la frondosidad del bosque en el que ahora admiro algunos arcos, de esos de hojitas de tres lóbulos (*Acer monspesulanos*) y otros de hojitas de cinco lóbulos, los acirones, y los macizos de boj y los quejigos y algún serbal, y...

Entre el follaje veo ya a media distancia la *Casa de la Condesa* o *Casa de Roita*. En un par de minutos cuando la pista hace una curva cerrada hacia la derecha observo que por la izquierda se nos une una pista que inicia en la misma curva una fuerte pendiente. Es la pista

por la que debo seguir para ir al Castillo de Roita, pero continuo unos metros más para acercarme a ver los restos de aquella enorme casa ahora totalmente derruida y que yo aún vi (aunque en mal estado) en pie. En el dintel de la puerta se lee la fecha de 1762 y en un caseta adjunta encuentro restos de un antiguo horno casero.

Vuelvo tras mis pasos para tomar la pista que antes había visto, ahora a mi izquierda e iniciar un fuerte repecho al principio que pronto se transforma en un falso llano, siempre ascendente entre un frondoso y espeso pinar de repoblación que de vez en cuando me deja ver la silueta de los castillos recortarse sobre el azul del cielo.

Aun en los días ventosos es esta zona silenciosa y se muestra al caminante como si fuera el primer y único ser humano que por allí ha pasado. Más huellas de jabalí y algún excremento de zorro marcando territorio, el rumor del agua del barranco de los castillos que se oculta bajo la vegetación a nuestra izquierda.

Me acerco a observar unos casi secos líquenes barbudos que penden del tallo y ramas de un pequeño roble e inicio una fuerte pendiente. Por la izquierda empieza a clarear el bosque en el lado más cercano a mi camino y poco a poco me irá dejando ver el torreón del lado Sur y su lienzo de muralla de sillería. La pendiente termina en una explanada junto a un corral abandonado.

Es un buen momento para descansar y dejar que el pecho se reponga de su jadeo, observar el monte de Petilla, los aerogeneradores de la Sierra de la misma localidad y el pueblecito de Isuerre que es el único que desde aquí se ve.

Ahora ya abandonamos la pista y buscamos la senda que nos permite entrar en el castillo. La hallarás justo al borde mismo del corral, dejando ésta a la izquierda.

El primer tramo es de esos que hacen las "delicias" de las piernas de los caminantes al pasar entre aliagas. La senda en otoño es bastante perceptible y enseguida nos muestra a través de robles y arces restos de piedras de sillería y alguna dovola que formaran parte de la puerta de algún otro torreón. Un nuevo y último repecho para entrar al castillo.

Se accede por el que fuera patio de armas, siendo ahora las únicas armas: zarzas, algún escaramujo, arce y tallo de quejigo. Por la izquierda se accede a una puerta ojival flanqueada por dos hermosas ventanas góticas geminadas. En su interior, quizá la zona de residencia del teniente del castillo, aún se observan algunos arcos fajones y el otro lado de las ventanas geminadas, que cuentan con unos pequeños asientos y desde donde se podría "alcahuetear" todo lo que acaecía en el patio de armas.

Bajo el suelo unas bodegas, a las que no entro por seguridad personal. El torreón que da al Sur y al que le faltan dos paredes, teniendo la otra vertebrada por una enorme grieta que amenaza desplome.

Vuelvo a salir al patio de armas y me acerco desde aquí y con cuidado, por mi izquierda, para ver el desplome de las paredes del torreón y después seguir la linde de la muralla hasta la zona norte donde observo que es de mampostería. Llego al otro torreón y encuentro bajo él, un agujero semioculto entre hierbas y por el que acurrucado me introduzco para ver desde su interior la hermosura de la torre. Aún se ven las marcas de los tres pisos que tuvo, sostenidos por ménsulas, las saeteras en buen estado y una puerta adintelada en uno de sus lados que daría acceso seguramente al paso de ronda sobre el lienzo de la muralla este, completamente desaparecido. Bordeo como puedo la torre para sentarme sobre la misma roca que ella y abandonarme una vez más a la contemplación de la hermosa panorámica que el lugar ofrece.

Todo parece estar allí: las primeras nieves del otoño dejándose ver sobre las crestas de las cimas pirenaicas que se recortan sobre el azul del cielo, la paleta multicolor de la naturaleza con toda la gama de rojizos, pardos y ocre del otoño, la espesura del bosque mixto de los montes de Petilla, la villa de Isuerre abriendo la Val d'Onsella, La Sierra de la Sarda y el puerto de Cuatro Caminos, la de Leyre, el pico de Monreal en el otro extremo, el final del valle de la ribera de la Onsella en Sangüesa, Sos y... ¡el cielo!

